

NARRATIVAS GALLO NERO

106

Europa

Un viaje íntimo

JAN MORRIS

TRADUCCIÓN DE
BLANCA GAGO



Título original:
Europe: An intimate journey

Primera edición: noviembre 2025

©1997 Jan Morris

© 2025 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2025 de la traducción: Blanca Gago

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-77-1

Impreso en España

Depósito legal: M-18607-2025

Europa

Para Elizabeth

*De Reikiavik a Liubliana,
de la alegre Cork a la extraña Tirana,
ninguna ruta exótica vale
para apaciguar mi nostalgia por Gales,
donde mi amor pasa el rato
junto con Jenks, el gato.*

Salvo algunas citas esporádicas, todas las declaraciones que aparecen en este libro son mías, desde las de los adolescentes hasta las de los más ancianos, que conforman así un álbum personal y del todo subjetivo sobre Europa.

TREFAN MORYS, 1997

1. En el Molo Audace

Un cálido día del verano de 1946, cuando tenía veinte años, empecé a escribir un ensayo sobre la nostalgia sentada en un amarre junto al mar en el Molo Audace, en Trieste.

El nombre de este muelle, que se engasta en el puerto desde la plaza central de la ciudad, tiene unas connotaciones curiosas. Conmemora el día de 1918 en que el destructor italiano Audace, de 1.017 toneladas, ancló allí para desembarcar a una compañía de soldados y reclamar la soberanía de Italia sobre Trieste —que había formado parte del Imperio austrohúngaro durante el siglo anterior—. Aunque solo la mitad de los lugareños hablaba italiano, y la ciudad era una parte cuestionable de la península itálica, la reivindicación fue el último golpe de efecto del Risorgimento: el Audace tuvo una bienvenida de éxtasis —al menos por parte de los triestinos italianos—, con bandas de música y retórica a raudales, y así fue como el embarcadero se rebautizó en su honor de inmediato.

Sin embargo, el origen de este barco de guerra en modo alguno era italiano: se entregó en Escocia en 1912 a una comisión japonesa, que lo transfirió a la armada italiana cuando este país entró en la guerra contra Alemania en 1915. Tras su momento de gloria en Trieste, continuó sirviendo a la Regia Marina hasta 1943, cuando Italia se rindió a los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Entonces los alemanes se hicieron cargo del barco, transferido a la Reichsmarine. Al final se hundió en una batalla en la costa dálmata ante sus constructores británicos —para entonces, tanto ellos como los germanos y acaso también los italianos habían olvidado por completo el lugar que el barco ocupaba en la historia—. Cuando me senté aquella tarde en el muelle, yo tampoco conocía la historia del Audace, pero ahora, en retrospectiva, su trayectoria parece ofrecer —con esa mezcla de alusiones al orgullo y el *pathos*— absurdo, ironía y extrañeza a partes iguales; un comienzo no muy malo para un libro sobre Europa.

2. Una viajera errante

Por entonces, como digo, estaba escribiendo sobre la nostalgia, que Trieste me había suscitado en un espasmo mimético. La Segunda Guerra Mundial había terminado y me encontraba en la ciudad como miembro de un ejército de ocupación, mientras esperábamos a que nos transfirieran a Palestina para ejercer nuestros deberes imperiales británicos en esa zona. Fue entonces cuando conocí Europa por primera vez. Aunque soy anglolesa, siempre me había considerado británica y me temo que lo miraba todo con una especie de altivez, *de haut en bas*. Tal y como escribió Alan Moorehead, en aquella época los británicos viajaban por el mundo como niños ricos y mimados. Ni por un momento pensé en mí como europea: era una viajera privilegiada de otra clase de país, un país transoceánico cuyas fronteras se extendían de Tasmania a Terranova.

Me alojaron en un alto bloque de pisos muy viejo en la colina de la catedral, cuyas vistas a la bahía eran tan violentas como brillantes, con unos azules ardientemente azules y un sol vespertino cegador. Como disponía de bastante tiempo libre, sobre todo por la tarde, solía bajar la colina dando un paseo y rodeaba el anfiteatro romano, bajaba la escalera ceremonial construida por los fascistas vencidos y pasaba la piazza dell'Unità d'Italia, donde las banderas británica y estadounidense ondeaban codo a codo sobre el antiguo palacio del Gobierno, a fin de encontrar un lugar conveniente para escribir en el borde del atraque.

Había llegado a Trieste atravesando un continente destrozado, desconcertado y abatido que parecía como si nunca fuera a recuperarse. Entonces solo conocíamos a medias lo sucedido, pues los horrores completos de la guerra y sus secuelas aún no habían salido a la luz, pero eso ya era bastante para intuir que nunca podría conocer Europa en un estado de gracia o de gloria. Las continuas guerras civiles que llevaban siglos arrasando el continente —franceses contra alemanes, británicos contra italianos, checos contra polacos, españoles contra españoles, gentiles contra judíos— habían alcanzado un clímax devastador, y yo veía todas aquellas naciones como en un sueño espantoso, confuso y desarticulado. Millones de personas sin hogar atravesaban las fronteras en manada o permanecían en campos de refugiados invadidos por la desesperanza, categorizados

por la burocracia como «desplazados». Las grandes ciudades yacían en ruinas. Los puentes estaban rotos, y las carreteras y vías ferroviarias, sumidas en el caos. En los bosques orientales, los salvajes partisanos aún seguían lanzándose al cuello entre unos y otros. Los ejércitos nostálgicos se dispersaban envueltos en el triunfo o la ignominia. Los conquistadores del este y el oeste enarbolaban sus insignias sobre los asientos de la vieja autoridad, y las orgullosas poblaciones hacían lo que fuera por un paquete de cigarrillos o unas medias de nailon. Europa estaba conmocionada, degradada, impotente y deshonorada. «Cuando las aguas se retiren quedará una Europa tan irreconocible que apenas podremos hablar, aunque físicamente sea posible, de retorno a la patria», escribía Thomas Mann desde su exilio estadounidense.¹

Aunque era la primera vez que pisaba el continente, ya me había forjado una visión del mismo. Mi madre inglesa había estudiado en Leipzig antes de la Primera Guerra Mundial, y se había llevado de vuelta a casa una predilección por los tranquilos encantos de los lipsienses que me gusta pensar que consumó casándose con un galés. Sus recuerdos llenaron de colorido mis ideas infantiles sobre Europa; así, lo que yo tenía en mente casi siempre era una vieja Europa rosada y germana, una estampa muy romántica. Mi ideal europeo se componía de grandes escritores y músicos paseando por las calles, bellos parques con lagos y glorietas, una arquitectura llena de antiguo esplendor, vida alegre y estudiantes en los soleados cafés, ciudades viejas y magníficas rebosantes de cultura e historia y otras nociones mendelssohnianas, todas revueltas. Al comparar el presente real con ese pasado fantasioso, no cabe duda de por qué decidí escribir aquella tarde sobre la nostalgia; y para hacerlo aún más emotivo, sucedía que esa ciudad singular que contemplaba, mi primera ciudad europea de residencia, en modo alguno estaba destrozada. Es cierto que los aliados occidentales, junto con los italianos apóstatas, estaban peleándose en ese momento con el mariscal Tito, de Yugoslavia, por el futuro de Trieste, mientras Stalin conspiraba en Moscú para tomar el control de ese punto estratégico como un acceso de la Unión Soviética al Mediterráneo. Sin

¹ Thomas Mann y Herman Hesse, *Correspondencia*, traducción de Juan José del Solar y Laura Sánchez Ríos, Stirmer, 2019. (Todas las notas son de la traductora.)

embargo, a la ciudad se le habían ahorrado la mayoría de los bombardeos de la guerra y allí seguía, en pie, quizá algo desolada pero intacta en apariencia: una de las pocas ciudades europeas con el privilegio de lucir casi el mismo aspecto de antes de la guerra.

En su esplendor, Trieste había sido el principal puerto marítimo del Imperio austrohúngaro, un puerto libre conectado por tren directo con Viena. Su territorio reflejaba el conjunto de Europa central, pues había adquirido la complexión ancha y firme de la Mitteleuropa decimonónica. Alrededor del casco viejo surgía una magnífica ciudad dedicada al comercio y las finanzas, a cuyas orillas se alineaban los muelles y almacenes, que luego, hacia el interior, se transformaban en un desfile de bancos, casas de cambio, agencias y oficinas de envío. Había cafés donde los héroes y literatos del Risorgimento habían escrito y conspirado. Había una ópera para la que Verdi había compuesto varias de las suyas. Había recuerdos de Stendhal, Svevo, Winckelmann o James Joyce. Las goletas y los barcos de vapor ya entrados en años iban y venían por el puerto, como en las postales antiguas, y en la bahía se alzaba la visión dulce y victoriana del castillo de Miramar, antaño residencia de un archiduque Habsburgo y en ese momento cuartel de un general estadounidense.

Con todo ello fui capaz de componer un genuino sentimiento de nostalgia —al fin y al cabo, la nostalgia no suele asomar a menudo con diecinueve años—. Trieste me hizo sentir una enorme añoranza por una Europa desaparecida que no había llegado a conocer salvo en mis fantasías, y cuando ahora alzaba la vista por encima de los tejados de la ciudad, hacia el carst severo y calizo, podía imaginar todas las célebres capitales europeas que estaban detrás, algunas en ruinas, otras perplejas, una triunfante: desde Belgrado y Bucarest, cercanas por el este, pasados los Alpes, hasta Viena, Praga y Ginebra, y luego hasta Berlín, aún sumida en una pesadilla, Roma ambivalente y París humillada, Lisboa y Madrid intactas, y más allá Estocolmo y Oslo y Copenhague —y luego, más lejos, también estaba Londres, la ciudad victoriosa, pero yo no la consideraba en absoluto parte de Europa—. En 1946 ya no se veía en los embarques la coletilla «vía Trieste», pues el comercio mundial no estaba tan dirigido por esa ciudad situada en el corazón europeo; aun así, yo me sentía muy atraída por ella.

Allí estaba, sentada en el amarre, sobre uno de los fulcros continentales donde se reunían eslavos, teutones y latinos, o bien se daban la espalda; donde empezaban los Balcanes y el Mediterráneo alcanzaba su punto más septentrional, en el ancho fiordo del mar Adriático. No obstante, Trieste había perdido las ventajas de su situación. Treinta y tantos años antes se había convertido en un páramo histórico, cuando el Imperio de los Habsburgo llegó a su fin y el puerto marítimo tuvo que abandonar su verdadera razón de ser y dejó de actuar como orgullosa puerta del tráfico imperial, lugar de paso entre el Imperio y el mundo exterior. La ciudad se hallaba envuelta en un silencio de limbo, sobre todo en una tarde calurosa como aquella, en la que solo alguna goleta procedente de Istria deambulaba por las aguas de vez en cuando, y unos pocos hombres pescaban con sus redes justo al lado del embarcadero, deambulando de un lado a otro para ver lo que recogía el compañero del muelle. El castillo de Miramar dominaba la bahía desde el promontorio, envuelto en una neblina. Recuerdo la luz deslumbrante y las crestas de piedra caliza alejándose hacia Italia, que parecían blanqueadas por el calor y la sequía.

3. Lo que sucedió con Waring

Nunca logré acabar mi sensiblero ensayo —aunque guardo el borrador en un cuaderno con las esquinas dobladas en el hueco de la escalera—, pero las emociones que traté de capturar entonces me marcarían de por vida, y siempre he asociado mi concepción de Europa con la ciudad de Trieste. A día de hoy, me encanta esa sensación de desapego mordaz, como si el tiempo nunca pasara por allí. Me sugiere la imagen de un observador en la orilla que mira hacia atrás, más allá de la cresta, hacia los lugares donde la historia sigue su curso sin detenerse, y reconoce en su fuero interno los débiles ecos, muy lejanos y antiguos, de los grandes movimientos de personas, monedas, dinastías, ejércitos, creencias y aspiraciones que han formado el tumultuoso continente que se extiende más allá.

Ahora, medio siglo después, he regresado a Trieste para ordenar la experiencia de mi vida en Europa, escribir este prólogo en una habitación justo encima del puerto y emplear la ciudad como punto de referencia

de mis impresiones y pensamientos —del mismo modo que, hace tanto tiempo, traté de dar forma a mi nostalgia en el amarre—. Creo que Thomas Mann estaba equivocado. Si pudiera regresar ahora al continente, se sentiría en casa después de todo, igual que mis cincuenta años por Europa se han revelado cincuenta complejos años de regreso a la gloria, si no a la gracia. Década a década, he observado cómo Europa se recuperaba de sus heridas de guerra, soportaba los traumas del comunismo y luego escapaba de ellos, recobraba sus certezas y trataba de construir algo nuevo de sí misma. Algunos países han alcanzado una distinción novedosa, otros se han degradado, otros han perpetuado una incesante guerra civil, pero después de siglos de rivalidades, violencia y sucesivos intentos de entablar una relación cortés —ya sea por la vía justa o la vía infame—, a finales del siglo xx avanzan vacilantes hacia una especie de unidad, el único objetivo posible en una comunidad de vecinos que aspire a la madurez. Hace muchos años, me desmarqué del imperialismo británico en el que me había criado y descubrí la identidad galesa que llevaba en mí; un proceso que también me permitió darme cuenta de que llevaba toda la vida siendo europea; y aunque siempre he sido una viajera solitaria, una espectadora, ahora en Trieste ya no me siento extraña —y aún menos, por desgracia, una niña rica y mimada—.

Es un lugar magnífico para la huida contemplativa; un lugar magnífico para sentarse en los muelles al sol, pensar en la historia y jugar con la idea de escribir un ensayo. Aquí me alimento de la mezcla picante e intensa que componen los pomposos, los creativos, los pícaros, los trascendentales y los melancólicos, y en ella siempre veo la sombra del escurridizo Waring de Robert Browning: «¿Qué habrá sido de Waring / desde que nos dio esquinazo a todos?». ² Y es que, como quizá recordéis, Waring apareció con un ancho sombrero de paja en la popa de un bote surcando la bahía de Trieste, un poco más allá del Molo Audace, me gusta imaginar, rumbo al castillo de Miramar, brincando bajo una vela latina «hacia la mitad rosa y dorada / del cielo». ³

² Versos del poema «Waring», de Robert Browning, en *The Poems of Robert Browning*, Londres, Oxford University Press, 1928.

³ *Ibid.*